

## e. haro tecglen

mas políticas (sobre todo, evidentemente, los Estados Unidos). Es partidario del armamento nuclear de Alemania Federal y de las soluciones fuertes. En muchos puntos de su política concuerda con los nuevos y viejos nazis del N.P.D., y se ha dicho que si alguna vez hubiese un nuevo «putsch» en la República Federal, Strauss sería elegido «führer». A su lado, Barzel es la izquierda. Strauss le considera francamente como de izquierdas. Hay que tener en cuenta que Barzel no está luchando francamente contra la política de apertura al Este ni contra los tratados con la URSS y con Polonia, sino contra la forma en que esos tratados se redactaron; su acusación principal contra Willy Brandt consiste en que ha hecho concesiones inútiles, y alega que él mismo, y su partido demócrata cristiano, lo hubieran hecho mejor. Barzel sabe que no puede gobernar sin los Estados Unidos, y que los Estados Unidos necesitan hoy la apertura de Alemania Federal (el viernes pasado un senador de Estados Unidos, Franz Church, propuso que se retirasen las tropas americanas de la R.F.A. si no se ratificaban los tratados).

**P**ERO Strauss no quiere entrar en esa política. Strauss, sin duda, intenta destruir a Barzel. En la votación, algunos ultraconservadores, algunos miembros de la C.S.U., se abstuvieron de votar. ¿Obedecían a una consigna de Strauss? Por alguna razón, en el momento pasional y tenso en que se conocieron los resultados —cuando los fieles de Brandt pretendieron sacarle a hombros del Bundestag, cuando Barzel enrojeció visiblemente en su rincón, según dicen los corresponsales, y fue el último en felicitar, con blanda y desmayada mano, a su enemigo triunfante—, las cámaras de la televisión enfocaron a un Strauss que se reía abierta y francamente. Es curioso que la otra personalidad que ha impulsado a Barzel a promover esta votación de la que esperaba salir canciller fuese Helmut Kohl, gobernador del estado de Rin-Palatinado, y es curioso porque Kohl es, dentro de la democracia cristiana, el más caracterizado sucesor de Barzel. Barzel es uno de los más discutidos personajes de la democracia cristiana: al ala liberal le reprocha sus orígenes paralelos al nazismo, su dureza absoluta —su discurso inaugural en el Bundestag fue para explicar su «odio innato al comunismo» y mezclar con el comunismo al socialismo y al sindicalismo—. Fundó la asociación «Salvad la libertad», antisoviética, proatómica, que lanzó una campaña para el restablecimiento de la pena de muerte; se le llamó «el pequeño McCarthy alemán». Sin embargo, Strauss y los sectores más cerrados de su propio partido consideran a este hombre como un peligro izquierdista, como un posible instrumento de los Estados Unidos, precisamente porque su actual posibilismo político le lleva a no rechazar el tratado con la URSS y con Polonia; sino su actual redacción. Ya cuando fue elegido presidente adjunto del partido, hace cinco años, comenzó a hacerse sospechoso de los «ultras» por su idea de que podía conseguirse la reunificación de Alemania sin que se retirasen las tropas soviéticas. A la caída de Erhard, Barzel fue elegido presidente del partido, precisamente como figura de compromiso, que es lo que ahora parece haberle perdido. Es muy posible que la derrota en el Bundestag sirva para eliminarle de la presidencia en el primer congreso de la C.D.U., y que en ese congreso salga elegido Kohl que, como queda dicho, es con Strauss quien le impulsó a este trance erróneo.

**Y** Strauss, ¿qué puede ganar de su maniobra, si maniobra hubo? Una convocatoria de elecciones generales, de las que espera un renacimiento político. Desprestigiado Barzel, en baja la democracia cristiana, Strauss sería el hombre que reuniera en torno suyo el mayor número de nacionalistas. Difícilmente puede pensarse que su partido conseguiría mayoría para gobernar, pero sí un fortalecimiento considerable del C.S.U., actual tercer partido de la R.F.A. Repetiría de esta forma una maniobra que le fue útil cuando contribuyó a la caída del contemporizador Erhard para elevar a Kiesinger. En 1965 la C.D.U. perdió terreno en las elecciones mientras ascendía la C.S.U. de Strauss, y aquellos votos le permitieron controlar la situación. Lo mismo volvió a suceder en 1969. Strauss está en derecho de imaginar que unas elecciones anticipadas, tras disolución del Bundestag en estas circunstancias de crisis, le permitirían ascender en mandatos y controlar un gobierno de democracia cristiana, cuya vicepresidencia y cuyo Ministerio de Asuntos Exteriores podrían ser una clave decisiva desde la cual Strauss dirigiere en realidad al país.

**P**ARECE que en estos momentos no es sólo Brandt, sino también Barzel, aunque este último con cierto disimulo, quienes se oponen a la convocatoria de elecciones generales. Las reuniones del fin de semana —una de ellas el sábado, en Berlín— entre los dirigentes del Gobierno y los de la oposición tienden a conjurar este peligro, pero no hay ninguna seguridad de que cuando se publiquen estas líneas se hayan decidido ya. ¿Antes o después de la ratificación de los tratados? Probablemente, después. Si Willy Brandt da este paso, le convendría hacerlo cuanto antes. La coyuntura electoral parece serle favorable, y es evidente que necesita para gobernar alguna mayoría más sólida de la que tiene.



## N'KRUMAH EL HOMBRE QUE PUDO SER

Es difícil entender a un hombre fuera de su contexto. Kwame (antes Francis) N'Krumah, que acaba de morir en el exilio de Guinea, vivió desde la infancia una pasión y una lucha, la de la reivindicación del hombre negro humillado, la de la unión de África. La locura de sus últimos años de gobierno —cuando se proclamaba Redentor, siguiendo la línea pasada de moda de los hombres fundamentales de algunos países europeos y americanos— estaba inscrita en él desde su infancia en el colegio de Achimota, la fundación del pastor Aggrey, aquel que decía: «Si Dios me deja regresar a la Tierra, le pediré que haga otra vez un negro conmigo. He de cumplir una misión que sólo puede realizar un hombre con la piel negra. Pediré: «¡Dios, hazme negro, te lo ruego, todo lo negro que puedas!»». Aggrey murió en 1927; fue él quien hizo negros, toda la generación de la «negritud» y, entre ellos, a su discípulo, N'Krumah, que fue a su vez maestro de Lumumba. N'Krumah fue a estudiar a Inglaterra, y se adhirió allí a la Federación panafriicana de estudiantes negros; creyó que el lugar del mundo donde la cultura negra estaba más desarrollada era los Estados Unidos, y se fue a la Lincoln University de Pennsylvania (sólo para negros) y llegó a ser presidente de la Asociación de Estudiantes Africanos de Estados Unidos y Canadá; graduado volvió a Londres y se matriculó en la London School of Economics y, simultáneamente, comenzó a estudiar Derecho; pero publicaba un periódico llamado «El Nuevo Africano» y no le dejaron terminar sus estudios. N'Krumah se adhirió al partido comunista, luego lo abandonó para formar su propio partido, el de la Convención del Pueblo, y fue ese partido el que le llevó al poder.

Cuando se consideran sus años de gobierno se recuerda siempre su culto a la personalidad, su deificación, sus discursos pasionales y violentos, su dureza para con la oposición, su frase de que «no puede haber libertad sin disciplina», su admiración por el Presidente Mao, admiración que le llevó a Pekín y, cuando estaba allí, los militares dieron el golpe que le privó del régimen, en 1966; sus estatuas se derribaron en pleno jolgorio público; su efigie, quemada; se le acusó de corrupción —una flotilla de Cadillac en palacio en los peores momentos de la economía del país—, pero no se suele recordar su esfuerzo por oponerse a las rivalidades tribales, su inmenso trabajo por la instrucción pública, su obsesión por la unidad africana, sus intentos de liberar al continente de todos los residuos del colonialismo. Quienes le conocieron dicen que era equilibrado, inteligente y sencillo, pero que adoptaba su fantástica actitud exterior, porque le parecía que era la única posible para sacar al país, y aún a África entera, de su retraso. Como otros hombres espectaculares del panafricanismo —Lumumba—, hay que recordar a N'Krumah como el hombre que pudo ser en un continente que pudo ser; como una de las grandes figuras del despertar de los años sesenta, a pesar de sus errores.

N'Krumah, que compartía teóricamente la Presidencia de Guinea donde estaba exiliado —la unión de Ghana y Guinea fue su única y efímera obra de panafricanismo— había mantenido la esperanza del regreso, de la reconquista de su país; poco a poco se iba desmoronando en sus manos, al mismo tiempo que en su cuerpo crecía el cáncer que le ha llevado a la muerte a los sesenta y dos años de edad. ■  
JUAN ALDEBARAN.